

## P. OCTAVIO ASSAROTTI, DE LAS ESCUELAS PIAS, EL PRIMER APOSTOL DE LOS SORDO- MUDOS EN ITALIA

Las grandes obras de Dios suelen tener, por lo regular, principios muy modestos y adquirir después proporciones insospechadas. Son el grano de trigo sembrado en tierra fértil, muerto allí al parecer, pero germinando con vigor creciente y produciendo a su tiempo fruto copioso. Pudieran citarse numerosos ejemplos comprobatorios de esta afirmación.

Voy a limitarme a dos instituciones solamente, por la íntima analogía que entre las dos existe, en su origen, en el espíritu que las anima y en el incremento extraordinario que las dos adquirieron; y son la institución salesiana, obra preciosa del Santo Pedagogo Don Bosco, y la escuela de sordomudos de Génova, fundada por el gran escolapio cuyo nombre encabeza el presente artículo.

Sus orígenes pudieran creerse copia el uno del otro, y distan, sin embargo, mucho de ser así.

El origen de la institución salesiana es de todos conocido. Recordémoslo en pocas palabras. El día de la Inmaculada del año de gracia 1841, y en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, de Turín, al revestirse para celebrar la santa misa, vió Don Bosco a un jovencito que con su mirada inocente y triste parecía demandar auxilio y protección. El sacristán le había maltratado por no saber ayudar a misa.

¡Pobrecito!, debió de decirse el Santo, y excusando al sacristán, invitó amorosamente al jovencito a que después de la misa pasase a verle, como efectivamente lo hizo, y pudo así Don Bosco dar, sin más, principio a la futura escuela,

con la primera instrucción o catequesis dada al jovenzuelo, Bartolomé Garelli de Asti, huérfano, de dieciséis años, analfabeto, pero piadoso, de buenos principios.

Al siguiente domingo volvió Bartolomé a la sacristía de la citada iglesia, pero acompañado esta vez de seis compañeros, obreros todos y desvalidos, a todos los cuales instruyó paternalmente el bondadoso sacerdote, y se los ganó para sí y para Dios, aumentándose notablemente el número de mozalbetes los domingos siguientes.

Veamos ahora el segundo caso. Cuarenta y un años antes, o sea en 1800, y también en una sacristía, la de la iglesia de San Andrés, de Génova, hoy demolida, adosada al colegio de las Escuelas Pías y servida por los Padres escolapios, se presentó un día el jovencito Antonio Daneri, con aire de extrañeza y mirada vaga e inexpresiva.

Se hallaba a la sazón allí el P. Octavio Assarotti, residente en aquel colegio. Lejos de mostrarse el buen religioso indiferente ante aquel niño, o despacharle como intruso, hizo con todo cariño algunas preguntas, sin obtener de él ninguna respuesta. De momento creyó habérselas con un anormal mental; pero luego se dió cuenta de que se trataba de un mudo. Y fué tal el sentimiento que embargó su ánimo ante aquella desgracia, que en el momento concibió la idea y se resolvió a consagrarse a la enseñanza y educación de aquel mudito, valiéndose de cuantos medios pudiera tener a su alcance.

Ya para entonces estaba enterado de que el abate L'Epée había fundado en Francia un Instituto público con ese objeto, Instituto que se hallaba entonces muy floreciente bajo la hábil dirección del abate Sicard, el más ilustre discípulo de L'Epée.

Animado con este ejemplo, y siguiendo generosamente el noble impulso de su corazón, se dió a la obra, sirviéndose de gestos, de la escritura y del alfabeto manual, con tan feliz resultado que pronto cundió por toda la ciudad la noticia de los avances hechos en su instrucción por aquel mu-

rito, instrucción que en aquella época se tenía por imposible en Génova, a despecho de los grandes resultados obtenidos por los abates L'Epée y Sicard; y antes que ellos todavía por el monje benedictino de Oña Don Pedro Ponce de León, quien declaraba en instrumento notarial haber «mostrado a discípulos suyos mudos hablar y leer y escribir y contar, y a rezar y ayudar misa y saber la doctrina cristiana y saberse por palabra confesar, e algunos latín e algunos latín y griego y entender la lengua italiana», etc.

Éxitos eran éstos ignorados por el P. Assarotti, quien de momento no aspiraba a tanto: pero los principios no pudieron ser más satisfactorios; y al poco tiempo, a aquel único mudo se unieron cuatro más, y luego otros, de modo que en mayo de 1801 comenzó a funcionar en la misma sacristía de San Andrés una pequeña escuela privada, la cual un año después, 1802, mereció espléndida relación del abate Carrega, miembro del Instituto Nacional.

Notemos una coincidencia, también en una sacristía, en la de Santa Dorotea, en Trastevere, comenzó San José de Calasanz, de la manera más modesta, su gran obra de las Escuelas Pías.

Pero antes de pasar adelante, razón es que se haga cargo el lector, siquiera en parte, de la personalidad del P. Assarotti.

Nació este eminente hijo de San José de Calasanz en Génova el día 23 de octubre de 1753, y muy niño todavía fué confiada su educación a los Padres Escolapios, que figuraban allí a la cabeza de los demás establecimientos docentes. No quedaron defraudadas las esperanzas de sus padres, que vieron con gran satisfacción los progresos de su hijo, tanto en las letras como en la piedad.

El, por su parte, se sintió fuertemente atraído hacia el género de vida de sus maestros, y ya mayor, a los dieciocho años, solicitó y consiguió ser admitido en la Orden Calasanziana, recorriendo luego el curso de los estudios bajo la direc-

ción de profesores insignes en Letras, y en Ciencias físicas y Teológicas.

Terminada la carrera, fué destinado por algunos años a la enseñanza de las primeras letras en los colegios de Voghera, Saona y Oneglia, acreditándose de tal manera como maestro, que en 1782 le confiaron los superiores la cátedra de Teología Dogmática y Moral del colegio de Génova.

Allí vivía desempeñándola *summa cum laude*, cuando ocurrió el incidente antes referido, por lo que desde entonces simultaneó las tareas de su cátedra con la dirección de su incipiente escuela de sordomudos.

Era práctica general de las Escuelas Pías en aquella época la celebración de Academias o ejercicios públicos, que acreditasen la labor realizada con los alumnos, y no era tan antigua como para ser olvidada la circular del P. General Agustín Delbecchi, que la imponía y la reglamentaba: «Y porque la experiencia enseña—decía— que la emulación estimula los talentos y que los corazones de los jóvenes se inflaman con los halagos de la gloria al estudio de las letras, se celebrarán Academias cada dos meses, por lo menos, a base de los más escogidos trabajos de los discípulos, lo mismo en prosa que en verso.»

El P. Assarotti, fiel a esta consigna, no se creyó eximido de darle cumplimiento ni autorizado a desviarse de la tradición general de la Orden: por lo que ya en los comienzos de su escuela adoptó esta práctica y ofreció al público experimentos y pruebas incontrovertibles de los progresos que iban haciendo en sus estudios los sordomudos.

Particularmente fueron notabilísimos los de los años 1802 y 1804, a los que asistieron personajes ilustres: ejercicios que contribuyeron en gran manera a extender la fama del decidido y caritativo educador por toda Italia; hasta tal punto que en julio de 1805, Napoleón I, que a la sazón se hallaba en Génova, declaró Instituto público la escuela del P. Assarotti, asignándole la cantidad de 6.000 liras como fondo para el mantenimiento de 12 puestos gratuitos; y disponiendo que

entre los locales de las Corporaciones religiosas suprimidas uno fuese destinado al nuevo Instituto.

Sino que como tantas veces ocurre, surgieron cuestiones bizantinas sobre el carácter literario o benéfico de la nueva institución entre el Rector de la Universidad y el Ministro del Interior, y el decreto de Napoleón quedó sin cumplimiento por más de seis años.

No hay por qué decir que estas y otras muchas incidencias amargaron profundamente el alma del venerable fundador, que veía puesta en peligro una obra tan querida de su corazón, a la que consideraba como inspiración del cielo en beneficio de tantos desventurados.

Durante todo este tiempo tuvo que luchar contra las insidias y malas artes de los malévolos y envidiosos, sostenido siempre por la esperanza de salir adelante en su noble empresa, hasta que, por fin, en el mes de noviembre de 1811 pudo lograr el monasterio de las Brígidas, suprimido por la República Ligúre, en 1798: e instalar en él, con la satisfacción que se deja comprender, a sus amados discípulos en número de veinte, siete varones y siete del sexo femenino, sin contar el personal que había prefiado el Gobierno francés, o sea: un maestro, un auxiliar, ama de llaves, cocinera, portero y dos sirvientes.

No duró mucho esta satisfacción: el año 1814 caía el Gobierno napoleónico, y aprovechándose de esta ocasión no faltaron quienes esparciesen las más negras calumnias contra el Instituto, pretendiendo fuese suprimido, a título de ser creación francesa, sin tener en cuenta que la instrucción de los sordomudos tuvo principio bajo los auspicios de la República Genovesa y que no deben involucrarse las obras de caridad con cuestiones y disidencias políticas.

Afortunadamente, entre aquellos clamores tan bárbaros como inconsiderados, se dejó oír una voz prestigiosa, la del Marqués Jerónimo Serra, quien tuvo fuerza para imponer silencio a tales murmuraciones y lograr se mantuviese en

pie el Instituto, siquiera fuese en medio de muchas privaciones y sacrificios.

Agradecidos los alumnos a intervención tan generosa y eficaz, le escribieron felicitándole por su triunfo; pero él les contestó: «No a mí, sino a otro, más acreedor que yo, son debidos esos sentimientos de gratitud que tanto os enaltecen. He vivido en muchos y muy diversos países, he visto grandes instituciones semejantes a ésta en su objeto; pero un Director y Padre como el que vosotros tenéis, que a tanta profundidad de inteligencia, junté tanto desinterés, generosidad y modestia, eso no lo he visto en ninguna parte; a él la gratitud y el honor, 26 de diciembre de 1823.»

Y era así, en verdad, el P. Assarotti, sin preocuparse de la campaña insidiosa que se hacía contra él y su obra, atento exclusivamente a procurar el mayor bien de sus alumnos, sólo pensaba en ampliar los beneficios de su institución con nuevas enseñanzas, tales como el dibujo, grabado, pinturas y caligrafía, y en extender su benéfico influjo a mayor número de infelices.

Los internos aumentaban; seis nuevos puestos logró a cargo del Estado, merced al Gobierno paternal de Víctor Manuel I.

Pero no bastaba eso, el número de los sordomudos que solicitaban su admisión superaba en mucho a los puestos susodichos.

Y fué entonces cuando concibió el proyecto, y lo realizó, de proponer al Gobierno que se extendiese a todos los sordomudos del Estado la instrucción que les era tan necesaria. Accedieron a su demanda las Autoridades, y, por fin, tuvo el buen Padre el inmenso gozo de abrir la escuela externa de varones el día 8 de abril de 1818, y la de niñas, el 22 del mismo mes.

Nuevos ejercicios públicos consolidaron y dilataron la fama del Instituto de Génova y la celebridad del fundador. Merecen particular mención los que se tuvieron en 1822, en presencia del Rey Carlos Félix y su augusta consorte, acto

en el que se desenvolvió un programa que comprendía 2.386 preguntas y que se atrajo los aplausos entusiastas no sólo de Génova, sino también de Italia y de toda Europa.

Pero el más importante y celebrado de todos esos ejercicios o actos públicos, fué el que tuvo lugar en junio de 1825, por el gran concurso de Principes y Monarcas que a él asistieron; a saber: el Rey de Nápoles, el Gran Duque de Toscana Fernando III, el Duque de Módena, el Emperador de Austria Francisco I, el cual llegó a decir que si le fuese posible quedarse más tiempo en Génova, volvería a visitar mas de una vez aquel establecimiento.

Grandes y unánimes fueron los elogios tributados en esta ocasión al modesto y paternal apóstol de los sordomudos de Italia.

La Emperatriz de Austria no sabía de su asombro ni acababa de comprender cómo era posible enseñar tantas cosas a aquellos desgraciados.

Ni eran de mero cumplimiento aquellos elogios, ni sin fundamento el asombro de la imperial señora.

Testimonios hay muy fehacientes que los justifican en alto grado.

He aquí algunos de los más notables:

Primero. «La Gazzetta di Genova», en el artículo necrológico consagrado al P. Assarotti, decía:

«No había extranjero que, llegado a Génova, no fuese luego a visitar a aquel hombre incomparable, y a ver por sus propios ojos el resultado de tanta paciencia, de tanta constancia y tanta doctrina. Sabido es también que de otras partes de Italia, diversos Soberanos enviaron profesores para que bebiesen en la misma fuente los procedimientos allí empleados para instruir a los sordomudos.

Las personas que visitan el establecimiento quedan conmovidas no tanto del grado de inteligencia que se manifiesta en los ejercicios científicos, cuanto de la perfección con que practican las artes industriales.

Los Soberanos de la Casa de Saboya, con sus augustas

consortes, y diversos Príncipes visitaron muchas veces el Instituto, interesándose por él vivamente y atestiguando de mil modos su agusta complacencia al *verdaderamente excepcional* fundador.

No es posible enumerar aquí los grandes personajes y sabios de primer orden que pasaron por aquel Instituto, la Duquesa de Sajonia-Gotha, con el Barón de Zach que le acompañaba; el Dr. Castberg de Copenhague, Degerando, Cuvier, Mad. Staél, Carlos Orpen, Director del Instituto de Sordomudos de Dublín, etc., etc.

Segundo. Enrique Mayer, de Liorna, que dejó escritas sus impresiones en la *Antología de Florencia*:

«La variedad de enseñanzas —dice— que comunica a los sordomudos parece sencillamente increíble: seis idiomas, el latín, el italiano, el francés, el alemán, el inglés y el español; sin más la Historia Universal, antigua y moderna; la geografía, el álgebra, la geometría, los elementos de Astronomía, la metafísica, las demás partes de la filosofía racional, la religión junto todo con las artes del dibujo, del grabado, etc.

Al despedirme de este venerable sacerdote —concluye el mismo escritor— experimentaba en mi interior aquel dulce sentimiento que nace de la vista de un hombre que honra la propia naturaleza y reduce al silencio a los detractores del género humano al consagrarse al alivio y remedio de los necesitados, sin esperar recompensa alguna del mundo, ni pensar en captarse la admiración de los hombres, atento exclusivamente al bien del indigente. Bien distinto de los filántropos que pretenden con sus bellas teorías regenerar al género humano y se desdennan de ensayarlas en alguno que otro individuo que tienen a su alcance, considerándolos como una pequeña y no atendible cantidad de la gran masa.»

Aún es más expresivo, si cabe, el testimonio del P. Antonio Cesari.

Tercero. P. Antonio Cesari, del Oratorio de San Felipe Neri, que coincide en un todo con el testimonio de Enrique



Mayer acerca de las materias que integraban el Plan de Estudios que regía en el Instituto de Génova y en las que tan cumplidamente se instruía a los sordomudos.

Fué tal la impresión que le causó su visita al Instituto de Génova, que no se recató de dar cuenta de ellas desde el púlpito a los fieles que frecuentaban la iglesia de su Congregación de Verona. «En el Instituto —les decía— he admirado, entre otras cosas, un nobilísimo ejemplo de señalada, singularísima caridad a favor de unos hombres que entre los miserables y desgraciados son, en mi concepto, los más dignos de compasión. Me refiero a los que han nacido sordos.

Pues bien; estos desgraciados han hallado en la Religión de Cristo personas tan encendidas en caridad y de caridad tan fuerte y tan paciente, que para sacarlos de situación tan lamentable no han reparado en abrazarse con fatigas verdaderamente increíbles y desmedidas. Porque es así, en verdad, para labor tan penosa es necesaria toda la caridad infundida en el corazón por Dios, y esta caridad es la que yo pude admirar en un digno hijo de San José de Calasanz, el P. Assarotti, de las Escuelas Pías; al cual, no ha mucho, pude oír yo mismo, con el cual hablé y vi por mis propios ojos el fruto bendito de sus fatigas y de su caridad.

El que no le conociese y nada supiese de la labor por él realizada, al verle por vez primera no podría por menos de decir: Este hombre acaba de salir de una enfermedad pestilencial todavía no curada del todo; puesto caso que muestra el aspecto de un hombre consumido y como transfigurado por la fuerza de una enfermedad venenosa.

Pero el que sabe cuál ha sido su vida de cuarenta o más años empleada en la enseñanza de los sordos, se da cuenta perfecta de que las fatigas que esa labor tan prolongada le han ocasionado han acabado por consumirle todo jugo y vigor corporal y le han macerado y como estrujado en tanto grado.

Por lo que a mí hace, cuando le vi la primera vez, me pareció ver una momia o un esqueleto de hombre con un

pequeñísimo resto de vida. O más bien he visto en él un elocuentísimo panegrico de la caridad divina, y de la virtud de la Religión de Cristo, hasta el punto de hacerme derramar lágrimas.

En comprobación del trabajo impropio que tuvo que desenvolver para dar inteligencia, por decirlo así, a aquellos pobres hombres, o más bien brutos, yo no hallo palabras. Bastará decir la suma de conocimiento que les comunica. A una señal que les hace el maestro, como lo he visto yo mismo, escriben en la pizarra las respuestas más precisas en italiano, español, inglés, alemán y francés.

Pero todo ello, con ser tanto y tan extraordinario, no valdría nada; lo que más importa —sigue diciendo— es que conocen la Religión, saben que Dios habló al hombre, la existencia del pecado original y el remedio que nos suministró Jesucristo; conocen la virtud del bautismo y los demás sacramentos, los que reciben con sentimientos de verdadera piedad. En una palabra: conocen a Dios y al Salvador de los hombres: Jesucristo. Soy testigo personal de ello.

A todo esto, no hay padre ni madre que de sus propios hijos se vea tan tiernamente amado como aman estos hijos a sus maestros; los he visto mirándolos con ojos de afectuosa piedad, y principalmente al santo anciano Assarotti, rodearle con gran cariño, que parecía saltar de sus ojos, cogerle por la mano y mostrarle de mil maneras su afecto y gratitud.

**Semblanza del P. Assarotti.**—Era de complexión delicada, frente espaciosa y saliente, ojos hundidos, barba estrecha.

De carácter manso y tímido, modesto en extremo. Suyas son estas palabras, escritas al profesor Sacchetti, de Pisa: «Soy enemigo de la publicidad; no quisiera se hiciese de mí la mención más mínima, y sufro en gran manera cuando veo que me nombran en alguna parte. El que me conoce, sabe que es así. El que me ama, nunca habla de mí.»

En medio de esta timidez y como encogimiento, era de

férrea voluntad, lo cual, junto con la gracia de Dios, explica que perseverase en su caritativa y fatigosísima obra por más de cuarenta años, y, lo que excede a toda ponderación, casi siempre *enfermizo*.

**Personalidad pedagógica del P. Assarotti.**—Natural es que un hombre que tan extraordinariamente llamó la atención de sus contemporáneos en el orden de la educación de sordomudos, tenga en realidad un valor pedagógico extraordinario.

Y lo tiene ciertamente, como que es uno de los casos típicos, plenamente comprobatorio de la afirmación, hoy por todos reconocida, de que «la personalidad del educador es el factor capital de toda educación, y que cuanto vale el hombre vale el método, porque en tratándose de educar no vale uno por lo que dice o hace, sino por lo que él es en lo más íntimo de su ser. Aquí el alma lo es todo».

Y aquí se nos ofrece nuevamente una hermosa analogía entre los dos grandes hombres San Bosco y Assarotti. Nada tiene de extraño que ante los maravillosos resultados que uno y otro obtenían en sus respectivos Institutos, muchos acudiesen a ellos en demanda del método que empleaban en el desempeño de su ministerio.

«¡Mi método! ¡Mi método! —respondió una vez San Bosco—. ¡Pero si yo mismo no sé cuál es mi método!»

Y el P. Assarotti, a cuantos le preguntaban en el mismo sentido, respondía: «Mi método es no tener método.» Así al abate Bagutti, director del Instituto de Sordomudos de Milán; así al profesor Sacchetti, de Pisa.

Se podrá discutir cuanto se quiera esta respuesta, pero lo que siempre quedará en pie es que el gran método en materia de educación es el amor sincero y efusivo, que no repara en sacrificios ni se acuerda de sí para nada, atento exclusivamente al mayor bien de los alumnos.

Así era el método de San Bosco, y así también el del P. Assarotti, a cuyo amor correspondían los sordomudos en la forma que queda referida, con una compenetración,

mejor con una fusión completa de maestros y discípulos.

**Irradiaciones.** — Una tal preeminencia de educación no podía menos de irradiar vivísimos destellos, que no sólo atrajesen las miradas de todos, sino que despertasen también en no pocas ciudades una noble emulación, ansias de poseer un establecimiento similar, como en efecto ocurrió en Milán, Liorna, Pisa, Siena, Módena, Turín, Cremona y Verona, cuyos directores fueron, y se preciaban de serlo, discípulos del grande, del sumo Assarotti, como alguno le llamó.

Entre los Institutos fundados en esas poblaciones merece mención especialísima el de Siena, fundado y dirigido por el P. Tomás Pédola, también de las Escuelas Pías, de quien decía el P. Assarotti: «Este será mi sustituto en la Toscana.» Así fué, en efecto. No desmereció de su maestro, a quien siempre guardó una veneración y un afecto entrañables.

No han faltado quienes le consideren como inventor del método oral o de la enseñanza de la palabra a los sordomudos. En realidad, fué el gran propagador del método mediante su periódico *L'Educazione dei Sordomuti*, y mediante también el Primer Congreso de Maestros de Sordomudos de Italia, promovido y presidido por él el año 1873. Finalmente, con autorización gubernativa, tuvo en Siena un curso especial de lecciones metódicas para preparar maestros capaces de aplicar el nuevo método. Del Instituto de Siena salió también el primer tratado italiano para la enseñanza de la palabra a los sordomudos, escrito por el P. Marchio.

VALENTÍN CABALLERO, Sch. P.

N. B. Es de justicia declarar que los datos de este artículo están tomados de la monografía que sobre el mismo P. Assarotti publicó en *Rassegna di Storia e Bibliografia Scolopica* el P. Leodegario Picanyol. X. Roma, 1941.